

Cairo y Hernán, africano y caucásico, descendiente de conquistadores y descendiente de esclavos, unidos como huérfanos en la posguerra en una innumerable isla del caribe cerca de 1860, pescaban juntos.

—Deja de inventar bobadas Cairo —dijo el flaco de ojos cafés piel blanca y quemada, mientras sacaba una atarraya del mar.

—Lo juro, había un alma sin cuerpo en ese cementerio, mi negro. Su amigo de pelo en trenzas recogido en una coleta parecía serio.

—Es puro cuento tuyo negro, me quieres asustar pero yo no creo en tus tales espíritus.

—Bueno pues, si el príncipe de España no me cree, ¿por qué no te vas de noche al cementerio?

—Pues pa' que veas que si soy capaz, esta misma noche después de la cena me voy derecho al cerro y ahí paso toda la noche, así me dejas de joder, ojón —sonrió. A Hernán le gustaba ese tipo de juegos, lo hacían olvidarse de la inestabilidad económica.

—Dale pues, vámonos ya pa'l muelle que se anochece y nos va a agarrar un caimán.

Ambos amigos de acento único que no era ni castellano ni africano, sino uno influenciado por los ingleses volvieron a la choza de guaduas que compartían, pusieron sal en los pescados que habían capturado para venderlos en el mercado con camarones para la cena ya estaban listos para descansar.

—Bueno ya va siendo hora de que su majestad agarre camino pa'l cerro —Cairo no esperó ni siquiera que terminaran la comida para traerle a su amigo una mochila indígena y un poncho gris.

—Pero que desesperado estás mi negro —le arrebató el poncho y se colgó la mochila, que estaba más pesada de lo que debía—. ¿Metiste aquí piedras o qué?

—Es algo pa' qué me demuestres que sí fuiste capaz— sacó de la mochila un clavo muy grande y un martillo—. Clava esto en una estatua o una lápida, cuidado con los caníbales —se carcajeo el afro.

—Tan chistoso como siempre negro — dijo con ironía, tomó un farol de la mesa y se dirigió a la salida —. Tenme listo el café y los biscochos pa'l desayuno.

—Bueno, no te vayas a mear del susto, hermano — Cairo le dio una palmada en la espalda y se despidió a su amigo de toda la vida.

Hernán no avanzó ni la mitad en el bosque hacia el cerro y ya estaba nervioso, el sonido de los grillos y el crujido de las plantas que pisaba lo desesperaban.

— ¿Quién carajos fue el baboso que inventó que la naturaleza es tranquilizante? — cuestionó al viento húmedo que le daba en la cara.

Estaba sudando pero no tenía calor ni con el poncho cubriéndole, se arrepintió de no haber traído su machete.

—Cálmate, albino ordinario, aquí no hay nada —se quiso auto convencer pero no sirvió al escuchar un chillido de tigrillo, de un lugar que no pudo detectar porque emprendió una carrera inspirada por el miedo.

—No habrán fantasmas, pero sí hay animales —corría aterrado empuñando el farol que no iba encendido, se había apagado al sacudirlo en su ataque de nervios—. Si vuelvo te voy a reventar, hermano —recordó que no era la primera vez que accedía a un reto ridículo y hasta peligroso de Cairo, lo hacía desde que se conocieron en una iglesia para refugiados a los cinco años.

No se dio cuenta cuando llegó a una reja y se estrelló contra ella lastimándose la nariz, ahí quedó sobándose la cara un rato.

—¡Quieto indio sudaca! —una voz vieja y profunda lo sacó de los pensamientos de dolor y miedo.

Al levantar la mirada vio a un hombre calvo de barba canosa y vestido con una túnica café que le apuntaba con un fusil artesanal y un farol, al ver que no tenía rasgos indígenas bajó el arma.

—Menudo susto me has dado, ¿se puede saber qué haces a estas horas merodeando en la santa iglesia?

—¿La santa iglesia? —Hernán no recuperó el sentido común antes de darse cuenta que en su afán de escape en el bosque ya había corrido colina arriba para llegar a su destino.

—Casi te mato pensando que eras de esos endemoniados indios que reclaman este terreno como suyo, ¿qué estás buscando hijo? —las preguntas del anciano no le dejaban pensar, ya ni se acordaba a que había ido.

Se revolvió la ropa buscando algo que ayudara a su memoria, tocó el martillo en su mochila bajo el poncho, ahí recordó su misión —. He venido de un pueblo muy lejano, iba a visitar la casa de Dios, pero veo que es muy tarde, perdóneme —el acento español que quiso usar pareció el de un gitano criado en un muelle vulgar e hizo que el hombre dudara de nuevo de él.

—Si gustas pasar mañana de día, bienvenido ¡Pero como me entere que eres un colaborador de esos asquerosos de piel negra, tocando bocinas al atardecer, te vas a enterar, lárgate!

Hernán hizo una reverencia impropia de la cultura del español, parecía un monje o guerrero asiático, rodeó el cementerio hasta perder de vista a aquel hombre.

—Gallego cabrón — murmuró asegurándose que la luz de la iglesia se apagara para comenzar a trepar el muro y llegar a la necrópolis, sonrió, sacó el gran clavo y el martillo para buscar una estatua.

El aire se había hecho aun mas helado, las lápidas cubiertas por la niebla del cerro le daba la impresión de pertenecer a ese grupo de restos humanos y estar mas muerto que vivo.

—Aquí yo no me quedo, pongo el clavo y me largo —pensó que en cualquier momento una mano o una figura humanoide se le iba a aparecer y quien sabe de que manera lo iba a agredir, no se molestó en seguir buscando, a la primera figura alta que pudo identificar le puso el clavo y silenciosamente lo comenzó a martillar, machucándose el dedo más de una vez debido a la escasa luz de la luna.

Cuando por fin el cilindro había entrado por completo luego de ahogar gritos de dolor sonrió temblando, no sabía si iba tener la valentía de devolverse a la choza o pasar la noche a la intemperie pero se quería ir del cementerio lo más rápido posible, pero cuando quiso dar un paso largo sintió como si algo lo jalara de la ropa, fue el detonante para que empezara a creer en fantasmas, acto seguido chilló haciendo eco por el terreno llano del monte, pájaros salieron volando y se escucharon perros ladrar.

Inhaló y exhaló fuertemente indeciso antes de girar con los ojos cerrados, no sintió presencia alguna pero sus sentidos le jugaban una broma pesada asustándolo más.

Cuando abrió los ojos lo único que encontró fue la estatua que usó momentos antes, no se atrevió a girar la cabeza, las rodillas le temblaban, se dio cuenta que en ellas sentía una fría humedad, ignorando eso, divisó que la parte de su ropa que estaba siendo jalada era su poncho, impulsivamente dirigió sus ojos ahí pero no vio nada en la oscuridad, intentó jalarla sin éxito de nuevo y se obligó a palpar con timidez la tela de la prenda para descubrir que la fuerza que lo mantenía cautivo, era el clavo que había puesto en aquel monumento, que se había quedado sobre su poncho apresándose así mismo.

Se echó a reír todavía nervioso, nada le había pasado todavía y ya se había orinado, en todo el camino su imaginación fue lo único que le asustó realmente, no sé percató en su ataque de risa cuando el español con dos disparos de advertencia corría otra vez a su encuentro.

Los autores del concurso de cuento, en su calidad de titulares exclusivos de los derechos patrimoniales de autor sobre las mismas, autorizan al CENTRO VIRTUAL DEL GRADUADO para que use tales obras y para que las difunda a través de cualquier medio o procedimiento. Por ende, los autores otorgan licencia de uso no exclusiva a la institución FUNDACION UNIVERSITARIA CATOLICA DEL NORTE, la cual estará facultada para ejercer los antedichos derechos para los fines previstos, sin limitación de modo, en cualquier lugar del mundo y durante el tiempo de protección correspondiente a las obras licenciadas. Los artistas declaran que tales obras fotográficas fueron legalmente creadas por ellos y que la presente licencia unilateral se concede a título gratuito y no contraviene ninguna disposición legal o contractual.

Alejandra Sierra Zapata  
1020407352  
Administracion de empresas  
lejo1904@hotmail.com  
3052488905  
3108222935